

—*Charitas non irascitur*—dijo el clérigo con benévolo acento; pero las palabras del Apóstol fueron por esta vez pólvora en ascuas que hizo saltar en pedazos hasta la tradicional calma de movimientos de la anciana señora. Alzóse de la silla bruscamente, dejó soltar los puntos de la calceta, y después de desafiar con enérgica mirada á centenares de enemigos invisibles, sin duda ocultos en los rincones, salió de la estancia con paso menudo y precipitado. Iba somormujando indignados monosílabos. La voz de Juanillo seguía vibrando en el huerto:

—¡Ña Paquita, ña Paquita!

IV

—Juanillo, á dar la lección.

El despacho de don Faustino está sumido en mística penumbra: sobre la mesa descansa el Breviario protegido por funda de estameña; sus hojas, carcomidas al margen, testimonian la fidelidad en las preces del santo varón; múltiples chirimbolos de cartón forrados en papel anogalado, la habilidad paciente de sus manos: hay, entre otros, una papelera, motivo de admiración casi extática para Juanillo... ¡como que tiene cuatro compartimientos y otros tantos tabiques divisorios recortados en forma de lira! Son estas liras simbolismo inocente: don Faustino guarda de sus remotos estudios retóricos cierta debilidad por las musas, y en sus horas de insomnio suele hacer versos, versos que canta el sacristán en las novenas con ritmo gangueante.

Al eco, siempre formidable, de la voz *lección*, se despereza el Mengue. Estaba tendido en el suelo atisbando la raya de luz que por

bajo la puerta se filtraba. Juanillo, perezoso como una culebra, tenía amores con el sol, y andábase buscando en los imperceptibles escondrijos, donde lograba por suerte burlar la vigilancia meticulosa de doña Paquita, enemiga implacable de toda luz en aquellos días que se dicen verano.

—¿Qué haces, chiquillo?

—Ayá voy, zeñó cura.

Dirigióse á la mesa con andar incierto; los ojos, borrachos de luz, le fingían círculos de oro bailoteantes en la penumbra; algunos venían á prendérsele en las pestañas; otros se enlazaban en rosarios movientes: parecían sartas de escarabajos con caparazones de iris. Luego, en las paredes blancas brotó una erupción de puntos negros, tantos como discos de oro en el aire. ¡Son divertidas las cosas de la luz! Por lo menos Juanillo hubiese dejado pasar la vida mirándolas, y aun más que la vida, la hora tediosa de la lección.

Pero no hay remedio; por mucho que, merced á sabias curvas, se alargue el camino, pronto se andan los siete palmos que van desde la puerta á la mesa del cura; hay que llegar; preciso es tomar el libro y buscar la página, y cerrar los ojos á los círculos de oro y abrirlos á las letras; pero ¡oh milagro! sobre la página, danzando entre las letras, los círcu-

los de oro se mueven también; y entonces las letras, quitándose el luto sempiterno que visiten por las pobres ideas, endosan ropones color de iris, y sus miembros, flacos y tiesos, se hinchan y ondulan, y se mueven, sí, se mueven, ¡van á bailar, bailan, están bailando cogidas del brazo con los anillos de luz!

Después, todo se aquieta: las letras se alinean, cesan las danzas, apáganse los círculos de luz, la página entera, correcta y sabia, se torna incomprensible para el pobre gitano..., y balbucea el mísero: i-i; g-l-e, gel; i-gel;

—Iglé, criatura, iglé; iglesia dice.

—Iglezia—replica dócilmente el discípulo, y prosigue la accidentada lectura.

—Pero, hijo, tú no comprendes lo útil que es saber leer.

—¡Uti!—Juanillo suspira—. Mire usted, zeñó cura—explica luego—. Usted dice que ahí dice iglezia: bueno, lo dice; pues yo zargo á la plaza, miro á la iglezia, la veo... y acabo antes.

—Pero hay muchas cosas que no podemos ver: están muy lejos, al fin del mundo.

—Pues ze cogen las piernas, y andando.

—Además, los libros hablan de gentes que se han muerto.

Juanillo hace una mueca soberanamente

despreciativa. Las gentes que se han muerto, ¿qué le importan á él?

Así, á diario, trabábanse largas polémicas entre el viejo maestro y el discípulo discuti-dor. Ponía en la enseñanza don Faustino fer-vor apostólico, y ponía en el aprendizaje el rapaz socarrona benevolencia, como si desde incógnitas alturas intelectuales consintiese en bajar á nivel de un capricho respetable, si bien asaz pueril, del pobre señor.

V

Da gloria ver el huerto en día de colada. La diligente abeja sesentona se agita entre los lienzos recién salidos de la tina, más blancos que la luz; y mientras va y viene, cantá, se-ñores, canta una copla tan vieja como ella. ¡Pues qué! en su tiempo también se cantaba.

¡Pobre doña Paquita! Su piedad escrupulo-sa hace en la faena purificantes divisiones lle-nas de respeto. A la izquierda, junto á los cuadros de coles, está tendida la ropa fami-liar; á la derecha, bien aparte, cabe un seto de rosas amarillas, los lienzos de la iglesia. ¡Y con qué majestad, hinchadas por el vien-to serrano, se despliegan las vuelosas punti-llas de las albas, y cómo abren sus alas ar-cangélicas las místicas sobrepellices, cómo quieren volar y cómo caen arrastradas por la pesadumbre de la humedad que aún las po-see! Mirad la sabanilla del altar de María In-maculada: azulea su albura como las nubes del trono de la Virgen, y tendida en el césped

hace pompas como mar de olas místicas. Un gorrión deslumbrado viene á posarse en ella y va picoteando entre las nerviaciones finas del encaje, que dejan ver la tierra verde y jugosa.

—Juanillo, espanta ese gurriato, que me va á ensuciar la sabanilla.

¡Cómo suena la voz de la vieja en el aire vibrante de luz y fragancia!

Y el muchacho corre, y el gorrión se espanta y echa á volar; y da Juanillo en perseguirle, y en el perseguiamiento se alza del suelo polvo; y doña Paquita, llena de susto, vocifera, y el gitano, ¡grandísimo gitano!, se ríe.

—¡Pero que siempre has de estar á mi lado dando guerra!...

—Como usted no quiere que zarga de caza...

Y suspira mirando las bardas del huerto, tras las cuales ¡feliz! huyó el gorrión.

—¿Cortaste la ensalada?

—Zí, zeñora.

—¿Y regaste las berzas?

—Antes de amanecé.

Un soplo de viento siembra revolución en el mar de blancuras: se oye precipitado batir de alas.

—¡Ay, Madre Santa! Corre, Juanillo, que se nos vuelva ese roquete.

—¡Ay, zeñora! ¿No parece mismamente un lagarto?

Y sí lo parecía: ya seco, tieso de almidonado, con las mangas rígidas, dando saltos á compás del aire... El chicuelo le alcanza y vuelve llevándolo en alto—grotesco como fetiche,—con paso procesional, canturreando ecos de latines.

—Niño, niño, con las cosas santas no se juega.

Y tomando el roquete de manos de Juanillo, que se inclina ofreciéndole, doña Paquita lo sacude con temor reverencial.

tiempos en que el caudal de arenas era su caudal único.

Y así la vida de los dos viejos tras la llegada turbulenta del rapaz gitano.

Erased un río... Erased una vida...

VI

¿Veis el cauce, ya seco, de un río que acaso en tiempos fué gran río? ¡Qué callado está! Parece que su oficio sea únicamente mirar al sol, beberle la luz con las mil bocas de sus grietas, y dejarle pasar; mirar la luna, y dejarla pasar; mirar las estrellas, ver cómo salen y cómo se esconden, y esperar que salgan otra vez.

Pero vienen de lejos aguas imprevistas, llenan el cauce, ¡y ya veis qué tumulto!, espumas, ruidos, desgarramientos: las secas orillas beben con ansia la linfa bienvenida; se hinchan, se agitan, se desmoronan; la corriente va turbia; la náyade, inquieta, canta y solloza.

Pasaron días: acostumbrose el agua al cauce y el cauce al agua; la corriente va quieta; la náyade es pacífica; se olvidó el mundo del cauce seco; ya ni él mismo recuerda que hubo

VII

- Con Dios, señor cura y la compañía.
—Anda con Dios, mujer. Del campo, ¿eh?
—Sí, señor; de recoger cuatro espigas para dar de comer á estos galanes. Besa la mano al señor cura.
—Dios te bendiga.
- Buenas tardes, señor cura; buenas tardes, doña Paquita.
—Buenas las tengas. A descansar, ¿eh?
—Así parece; por hoy...
—Buenos carros encerraste esta tarde.
—Buenos, señor cura; hogaño la mies se porta.
—Gracias á Dios, hombre, gracias á Dios.
- Con Dios.
—...Dios. ¿De por agua?
—Sí, señor; que al padre cuando vuelve del

campo le gusta encontrarla fresquita. ¿Quieren un trago?

—Ven acá tú, buena pieza. ¿Por qué no fuiste ayer á la doctrina?

—Es que... es que... fuimos á moras.

—¿Conque á moras?

—También estuvo el Juanillo.

—Conque á moras, ¿eh?

—La oración, Paquita.

Las voces cascadas de los dos ancianos formaron coro con la voz vibradora del bronce para alabar á Dios celebrando las glorias de su Santa Madre.

—Ya vuelve el rebaño de tío Pedro.

—Santas y buenas tardes...

—Buenas te las dé Dios. ¿Qué llevas ahí, Quico?

—Dos corderillos nuevos, señor cura; pariólos la *Pinta* á la media tarde... Mire cómo se tiran al agua las ovejas. Está la tierra, mal compará, como si fuese un horno, y allá en los rastrojos hace una calor...

Cae la tarde. El cielo, que va perdiendo lentamente su brillo, como empañado por la frescura del crepúsculo, guarda, sin embargo, el matiz azul. La noche se anuncia diáfana y tibia. Fronteros á la iglesia, los cipreses de un antiguo jardín pintan su negra silue-

ta sobre la banda bermeja tendida á poniente por la puesta del sol. En lo alto, sobre la cruz herrumbrosa del campanario, hace guiños la primera estrella. Los sonidos lejanos como que rebotan en el aire yendo y viniendo, trenzándose en susurradora confusión. Cruza chillona sobre el pueblo una bandada de aviones; alguno de ellos alcanza con la punta de las alas el último reflejo solar, que se pierde por completo un instante después. A oriente algunas nubes, que eran blancas, se tiñen de rojo.

VIII

Y en una de estas quietísimas tardes estivales, sucedió que, terminado el rezo del Santo Rosario, quedóse Juanillo en la puerta de la iglesia, esperando al cura que finaba sus paces en el templo, solemnemente solitario. Doña Paquita, ya de vuelta en casa, aprestaba la cena.

Como era fin de Agosto, iban las noches llegando más de prisa, y al caer de la torre las ocho campanadas, habían ya caído las tinieblas. Era tan hondo, tan hondo el silencio, que se oía el respirar de Juanillo, un tanto acelerado por la pesadez bochornosa del aire y por no sé qué inquietud indecisa.

Estaba el chico en pie, dentro del hueco y tenebroso recinto que forma el maderamen de las puertas de iglesia. Tenía la cabeza apoyada en las tablas, envuelta en el olor á incienso que trasudaban, y estaba mirando al cielo,

que visto desde aquella negrura parecía más luminoso, color de terciopelo, entre gris y azul, con sus estrellas refulgentes.

A veces tosía el cura, y dentro de la nave se alzaban resonancias temerosas; á veces chillaba un arrapiezo fuera, y subían las notas del grito con vibración sobreaguda; después, nuevo silencio, más largo, más hondo...

...Que se hizo trizas súbitamente con el sonar fanfarrón de un cornetín.

Pasaban los títeres..., ¡los títeres!..., los que llegaron á mediodía, los que ahora se marchaban arrojados del pueblo por *malquerencia* del alcalde, que no los había dejado *representar*. Juanillo sabía la historia. Se iban rabiosos, protestando á son de cornetín. ¡Y qué estrépito armaba el condenado! Cómo llenaba el pueblo de ruido, cómo clarineaba diciendo... ¡qué sé yo!, evocando visiones de cosas lejanas; sí, muy lejanas debían de ser cuando eran tan alegres...

Es una marcha lo que tocan; justo, una marcha, porque los pies se van solos á compás de ella.

Y á su compás fueron los títeres pasando: un hombre casi viejo, dos muchachos, una mujer, cuatro chiquillos. Bajo los harapos, marchitos relumbrones; atisbos de las sucias mallas entre las desgarradas vestimentas, co-

mo rayos de sol que se hubiesen colado entre lo negro de una noche.

¡Dónde irán! Van de prisa, al mundo, á un mundo grande, al mundo de las almas bohemias, donde hay otros hombres, y otros sueños, y otros atardeceres, y otras horas de sol y de luna; al mundo, que es grande. ¡Marcha, marcha, marcha!—grita el cornetín: se lo grita á las almas gitanas; y el alma de Juanillo el Mengue oye la voz y sigue el mandato; y sale del atrio tenebroso, y sacude como pernillo al salir del agua la greña saturada de aromas místicos; y repiten sus labios el ritmo del alegre clarineo; y siguen sus pies el rudo compás; y fija la mirada en los harapos que deslumbran, se va tras de los títeres. Y atraviesa con ellos la plaza y la calle Real, y pasa por la fuente, y sale del pueblo, y entra en las eras, y alcanza el camino... y ya está á campo raso lleno de gozo, bajo la luz tembladora de las estrellas.

La *troupe* hace alto. Recuenta el viejo su mísera familia. Hay uno más.

—¿Quién eres, chico?

—Juaniyo er Mengue.

—¿Quieres venirte con nosotros?

—Andando.

Y se emprende nuevamente la marcha. A la mañana... ¡Dios sabe dónde están!

IX

A la mañana... ¡cómo lloran dos viejos!

—Se marchó, Paquita; se marchó con los títeres.

—¡Lo ves, Faustino!—Y la anciana solloza...

—¡También tú lloras! ¡También le querías!—dice el hermano con asombro.

Y ella, enjugándose el llanto con el delantal:

—¡Qué había de hacer, hombre, qué había de hacer!...

Y se abrazan como dos ramas secas que cayesen juntas.

—¡Qué viejos somos y qué solos estamos!

Eráse un río... Eráse una vida... Eráse un alma vagabunda, que una noche de Agosto se huyó con sus hermanas...

MARGARITA EN LA RUECA